

CONCIENCIA DE ESPECIE

The background of the cover features a vertical gradient from light green at the top to black at the bottom. Overlaid on this are numerous thin, wavy, glowing orange and red lines that resemble roots or neural pathways, extending from the bottom towards the top. Some of these lines have small, bright orange dots at their ends.

Marià Moreno

Conciencia de especie

Marià Moreno



Título original: *Conciencia de especie*

Autor: *Marià Moreno*

Diseño de portada: Literanda

© *Marià Moreno*

© de la presente edición: Olmo Cepero, Literanda, 2014

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa de los titulares del copyright la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Más ediciones en www.literanda.com

*A mis hijos, Agus y Nuria
y mi madre, Josefa.*

*Y una vez más y siempre,
a la memoria de mi padre, Ginés.*

*A mis Maestros,
que desde el Cielo y la Tierra
han escrito esta obra tanto como yo.*

Conciencia de Especie es una novela de acción, y resolver todas y cada una de las demandas que el desarrollo de su trama ha formulado, ha supuesto un magnífico y apasionante reto. Para superarlo me siento muy afortunado de haber podido contar con un soporte experto que ha aportado, en cada ocasión, una solución solvente. Reconozco con gusto una impagable deuda de gratitud, que lo es más por cuanto ese soporte ha sido totalmente desinteresado. Mencionar a sus protagonistas es tan solo una fracción de lo que debo hacer: *Silvia Vilarroya* es historiadora, la “acción Gaudí” presente en la novela hubiera sido imposible sin ella. *Miquel Fabré* es músico, suya es la mano que ha redactado la propuesta inicial de textos sobre los que he podido definir el resultado: los cantos de Elena. *David Bueno* es biólogo, dos cuestiones esenciales para la novela, respecto al ser humano y su devenir, han quedado resueltas gracias a su intervención. *Francesc Colom* es psicólogo, sus apuntes dan soporte a muchas de las cuestiones vinculadas a Antonio. *Josep Ortiz* es arquitecto, la descripción de los dos edificios centrales en la obra ha quedado resuelta gracias a su intervención. *Ana Morcillo* y *Jonathan Rule* son arquitectos, en un momento determinado la trama debía resolver cuestiones relativas a rascacielos y complejas rutas de entrada y salida, los dos trabajaron para ofrecerme alternativas. Desde una perspectiva profesional debo mencionar y agradecer también el trabajo de *Roser Herrera*, agente literaria.

La novela ha tenido también la fortuna de contar con lectores intermedios. Personas que han tenido la paciencia de leer las sucesivas entregas y todavía más, de releer los cambios entre una versión y otra. Su intervención, muy destacada en la primera parte, ha servido para desandar caminos erróneos muy a tiempo. Estos son sus nombres, va con ellos la misma deuda de gratitud. Perfecto Alonso; Carme Ballbé; Adriana Castells; Natalia Castells; Mercè Montblanch; David Morales; Veronica Platas y Marta Reig. Quiero, por último, agradecer de manera especial el consejo de una lectora final, Ariadna Trillas.

Marià Moreno

Prólogo

En el principio no había nada y la Luz y la Oscuridad se hicieron presentes. En el preciso instante de su emergencia y durante apenas un segundo, unieron su ingente poder generativo. Cuanto ha sido después ha surgido de esa primera obra en común. Desde entonces, en cada rincón del universo, pugnan incansablemente por apropiarse en solitario de todo lo creado. En ocasiones lo consiguen, lo que renueva sus ansias de victoria allí donde el duelo no se ha decantado.

Cada una de ellas cuenta con su propia jerarquía y sus miembros gobiernan el combate. En la Tierra, el lado de la Luz es responsabilidad de Joaquín en estrecha colaboración con Gaya. El liderazgo de la Oscuridad corresponde a Linktron. En los inicios del siglo XXI, los dos bandos consideran al planeta como un territorio todavía en disputa. Sin embargo, parece que la Oscuridad ha tomado una clara ventaja y está a punto de proclamarse como vencedora.

Acto 1.º

I

*¿Cuándo se inicia el destino?
Barcelona, año 2001*

La noche de Antonio se ve invadida por la pesadilla, que una y otra vez, le lleva a un mundo futuro lleno de horror y crueldad. Es una escena que se reitera sin piedad. Sin que él pueda hacer nada por evitarlo. Una joven de su misma edad es la triste protagonista del drama que está a punto de acontecer.

Se llama María y se ahoga, como en tantas ocasiones ha sucedido en su corta vida, pero esta vez sabe que será diferente. No ha podido conseguir su medicina, le han faltado fuerzas para robarla y nadie ha querido comprar su débil cuerpo. Odia este mundo que hace ya mucho estalló en pedazos, cuando un Caballero Negro se proclamó amo y señor de la Tierra. Desde entonces, los poderosos viven aislados en paraísos tecnificados y autosuficientes que apenas necesitan de mano de obra. Cada reyezuelo rinde pleitesía al Emperador, de manera directa, personal. El resto de los seres humanos, arrojados a una incierta subsistencia, han perdido cualquier tipo de derecho mientras la resistencia es irrelevante. Los escasos gritos de protesta son exterminados sin piedad. El tirano ha desarrollado la capacidad de conocer al instante el menor indicio de oposición. Hundida en un rincón de su oscuro cuarto, María nota el cambio de

ritmo de su respiración, que se entrecorta mientras reclama con desesperación el remedio que le falta. Cierra los ojos, no quiere saber nada más de este mundo que siempre le ha sido tan hostil. Su alma atesora un sueño, lo busca: en una verde pradera, bajo un cielo azul, corre descalza mientras el sol la acaricia y ella sonríe feliz. Se dice a sí misma que quiere morir así, acompañada por lo único bello que ha sido capaz de concebir. Logra alcanzar el silencio, y después surge un pequeño sonido, bronco y casi inaudible. María vuela para siempre en pos de su sueño.

El sudor empapa la cama de Antonio. Se despierta mientras se dice y se repite que el mundo de María jamás será, que los seres humanos nunca tolerarán tal triunfo del Mal. Sus pulmones son tan débiles como los de ella, pero si un día pudiera pelear, lucharía con todas sus fuerzas contra ese Caballero Negro y todo lo que representa.

*

Es una novedad, Antonio está cerrando Las Palmeras, hasta hace bien poco, sus padres, los propietarios del restaurante, no se lo habían permitido. Cumplidos los veintiún años, su hijo se ha plantado ante ellos demandando atender en solitario hasta la hora de cierre, las doce. Ricardo y Mercedes no han tenido más remedio que acceder. La campana protectora, omnipresente en la vida de su hijo, tiene que abrirse. La resistencia paterna, que ahora apenas se inclina, tiene que ver con su congénita debilidad física. Cerrar los dos poderosos candados es la acción que culmina el cierre. Después, Antonio se incorpora y, como cada noche, percibe la presencia del mercado de Sant Antoni, el singular edificio que da nombre a este rincón de Barcelona. Inicia la marcha hacia su casa, vive apenas unas manzanas más arriba. Camina lentamente, siempre anda así. Todo lo hace despacio, su cuerpo se lo exige. Está tan adaptado a esa manera de moverse que no percibe nada peculiar en ella, para él, todo está lejos.

*

Ensimismado, Antonio no percibe la sombra que se le acerca y que en la amplia acera, está trazando una diagonal que tiene en el joven su punto de llegada. Cuando nota su presencia, ya está invadiendo su espacio íntimo. Es un hombre malcarado, de indefinible edad, que exclama de forma sorda e imperativa.

—¡Dámelo todo! ¡Deprisa!

El ladrón no es estúpido, los paseantes más cercanos están suficientemente alejados. La respiración de Antonio se quiebra sin dilación, ya no puede atender otra cosa que al desesperado esfuerzo de intentar hacer llegar aire a sus pulmones. Ni siquiera se plantea sacar la cartera, apenas alcanza a señalar hacia el bolsillo derecho de su pantalón. El ladrón lo entiende, introduce dos dedos en el lugar indicado y se apodera de ella, un instante después no queda rastro de él. Una figura en aspa, apoyada en la pared, busca el aire que necesita. La mente de su propietario emite una inexcusable orden: “¡Respira! ¡Respira!”. Tiene que reunir hasta el último átomo de su energía, y solo entonces, poco a poco, alcanza su objetivo. No es aparatoso, nunca lo es. No hay sonidos guturales ni agitados estertores, se ahoga, casi quedamente. El enorme combate en su interior no deja asomar más que una fracción al exterior. Se recupera, nunca quedan secuelas. En apenas unos minutos todo vuelve a su pausada realidad, como si nada hubiera ocurrido y la vida no hubiera avisado de su posible marcha.

No se lo contará a nadie, ocultará el incidente, es lo que hace con cualquier cosa que le pasa o piensa. Se esconde de sí mismo, aterrado ante una pregunta que es incapaz de contestar: “¿Qué sentido tiene su vida? Una vida que sólo le permite sentirse preso de una extrema e incapacitante debilidad”.

*

Ha sido fácil justificar el retraso: “Un grupo que ha tardado un poquito en acabar, ya se sabe, así es lo nuestro”.

La cama le acoge, el sueño dista de hacerlo. Repasa la escena. Su delgado cuerpo, de metro setenta y cinco de altura, está lejos de mostrar cualquier atisbo de fortaleza. De pelo negro y tez morena, su aspecto general acompaña a su realidad. Sí, es una presa fácil para cualquiera que quiera entablar combate con él. El ladrón parecía no tener mayores atributos, una mirada feroz y poco más. ¡Podía haberlo intentado! Resistirse, hacer algo. Ni siquiera le ha enseñado un arma. Le han bastado un par de frases y él ha sucumbido sin paliativos. Una y otra vez aparece su eterna flaqueza. Odia ser tan vulnerable. Siente rabia y una ira sorda en su interior. Finalmente se duerme tras calmar el torbellino de su mente que se obstina en recordarle que en su vida todos han tenido poder sobre él. Sus padres, sus profesores, sus compañeros, mientras que él no ha tenido ninguno. Su extrema debilidad le ha condenado a decir siempre que sí, a aceptar cualquier protección. ¡Cómo le gustaría tener poder! Sentirse fuerte, muy fuerte, para imponer su voluntad y dejar atrás esta odiosa fragilidad. Piensa que querría ser poderoso para proteger de verdad a los débiles, sus auténticos iguales, a los que conoce tanto porque él es un genuino representante de la impotencia. Y también piensa que le gustaría mucho luchar por la María de su pesadilla, salvarla de un final que ella no merece.

Ahora lo ignora todo, pero quizás tenga una posibilidad de cumplir sus deseos, quizás su vulnerabilidad sea tan solo temporal. El impresionante esfuerzo que realiza en cada ocasión para evitar que la vida se le escape, ha forjado en él una capacidad de lucha de la que no es consciente.

*

Tampoco en otra habitación de la casa el sueño quiere hacerse presente. Ricardo y Mercedes conocen bien a su hijo, permanentes escrutadores de su rostro y de sus reacciones, lo saben todo sobre él.

La madre se da cuenta de que los dos siguen en vela.

—Tú tampoco puedes dormir.

—No Mercedes, no puedo. Ha tenido un ataque, estoy seguro.

—Nadie ha podido darnos una explicación, pero cuando le pasa sus pupilas tardan en volver a la normalidad. Cuando ha llegado las tenía dilatadas.

Después callan. Ricardo abraza a Mercedes y pronto los dos cuerpos conforman una unidad. Nunca han logrado dominar su ansiedad ante la fragilidad de su hijo. Al principio, todo parecía marchar bien. No dieron importancia a que el pequeño demostrara tener poco interés por moverse y que tardara tanto en andar. Nunca pasó de ahí, apenas intentó correr le sobrevino la primera crisis. Mercedes la lleva grabada a fuego. Su bien máspreciado se le moría en las manos y ella no podía hacer nada, sus ojitos parecían gritarle: “¿Qué pasa mamá? ¿Qué pasa? Me ahogo”, mientras todo su cuerpecito luchaba contra la muerte sin haber sabido nada de la vida. Su inmediata peregrinación a través de decenas de salas de espera de consultorios de pediatría no obtuvo el menor éxito. Al menor intento de esfuerzo, Antonio se ahogaba sin que nadie pudiera decir porqué. Su camino les llevó hasta el doctor Cifuentes. Un médico generalista, de familia. Experto en el diagnóstico, tenía una notable fama en ese arte. Se lo advirtieron: “No os espantéis, a veces habla con las palabras de un médico de otro tiempo o de otra parte, pero es muy bueno, confiad en él”. El doctor estuvo largo rato con el niño y formuló una infinidad de preguntas a sus padres. Después emitió su opinión: “Nunca he visto nada igual. Fuerzas muy poderosas se están organizando dentro del cuerpo de su hijo, por eso parece que la vida no pueda sostenerlo, pero no teman, son fuerzas benéficas, no le harán daño y cuando aca-

ben su trabajo y se manifiesten, no dejarán ningún rastro y Antonio será un ser humano formidable”. Esas palabras se han convertido en un mantra para Mercedes y Ricardo, repetidas una y mil veces tras cada señal de adversidad como la de esta noche. Como si dos mentes fueran una. Mercedes rompe el silencio para dirigirse a su hombre— Tú siempre has creído en el doctor Cifuentes, ¿verdad Ricardo?

El hombre atrae todavía más hacia sí el cuerpo de la mujer de su vida. Es su respuesta, la que revela que la llama de la esperanza está prendida en su alma.

*

Apenas falta una semana para el acto más trascendente de su vida, después de él, todo cambiará. Allan Anderson, británico, dotado de una aguda capacidad para los negocios que le ha llevado muy lejos y, al mismo tiempo, un enamorado de Antoni Gaudí, al punto que no ha dudado en sumergirse de nuevo en sus obras a modo de último recreo antes de su transformación. Siguiendo la estela del genial arquitecto recorre los mercados modernistas de Barcelona. El de Sant Antoni es un referente, tras su visita, cruza la puerta de un modesto restaurante cercano a la magnífica construcción. Lleva por nombre “Las Palmeras”. Le ha parecido suficientemente aseado. Se tomará un “café cortado”, una curiosidad local que le encanta. Entra y desde la barra le saluda un joven presto a atenderlo. La escena no tiene nada de particular y, sin embargo, tan pronto avista al muchacho, siente algo indefinible.

La ritual pregunta es obligada.

—¿Qué le sirvo?

La respuesta se hace esperar un instante y llega en un impecable castellano.

—Un cortado, por favor.

Recoge mecánicamente el pedido y se gira para prepararlo, apenas ha mirado al cliente recién entrado. Cuando se vuelve sí

puede hacerlo. La extraña e intensa reacción de su cuerpo es inmediata. No puede definir qué le pasa y mucho menos tener noticia de que está siendo gemela a la que siente el desconocido. Se observan mientras tratan de evitar que se note. Una curiosa danza de miradas entrecortadas revela que en algún bucle del destino, pasado o futuro, ese maduro hombre de negocios y el joven camarero han tenido o tendrán que ver. Sin embargo, el único diálogo posterior recoge la petición de la cuenta, su cobro y la devolución del cambio. Nada más.

Allan no conoce el significado de la palabra desconcierto, nunca se ha permitido sentirlo, pero cuando se aleja de Las Palmeras reconoce que ese estado le está rondando. Un pensamiento fugaz como un destello, le ha dicho que debía matar a ese pacífico y anodino joven. Como si de un increíble espejo se tratara, detrás de la barra, alguien sigue mirando fijamente la estela del hombre que acaba de abandonar el restaurante, mientras una desconocida voz interior le susurra que debía haberle envenenado el cortado que le ha servido. La rara idea se va, apenas ha sido un fogueo y deja perplejo a Antonio durante un buen rato. En la calle, un caminante aparta sus dudas diciéndose que el alto lugar al que está llamado no permite ningún tipo de distracción.

*

Ricardo se altera mientras mira hacia las mesas cercanas a la puerta. Algo está pasando allí. Su hijo lleva un rato clavado ante el hombre que ocupa en solitario una de ellas. En cuanto pueda, intentará enterarse de lo que pasa. Antonio no ha esperado a la petición de la nota, debe acelerar el trámite, un nuevo comensal espera.

—Son seis con cincuenta, señor, menú del día.

Quien recibe la cuenta ha pasado de los sesenta, su aspecto es limpio aunque un tanto descuidado, a lo que contribuye una

larga barba entrecana no demasiado controlada. Su respuesta no es nada común.

—Disculpa, no te puedo pagar, quizás pueda hacer algo por ti, fregar los platos o el restaurante, llevaba varios días sin comer. Lo siento, yo antes sí podía, pero ahora no puedo.

La reacción de Antonio conecta con su reprimida ira: “¡Otra vez alguien se ve capaz de hacer lo que quiera conmigo, pero éste va a saber quién soy yo!”.

Su gesto trasluce lo que siente, es el que ha captado Ricardo desde la barra.

—¿Que no puedes pagar?! ¿Qué te has creído?! De esto vive mi familia ¿te enteras?! No somos una casa de caridad. Ahora mismo voy a llamar a la policía y vas a acabar pagando. ¡Cómo me llamo Antonio!

El insolvente desconocido caza al vuelo la noticia del nombre del joven.

—¡Antonio! Te llamas Antonio, quizás no sepas que tu nombre quiere decir “aquel que se enfrenta con el adversario”. Yo no soy tu adversario, Antonio. Yo solo soy alguien caído en desgracia. Un día fui fuerte y ahora soy débil. Frágil.

Su ira se aplaca, quien quiera que sea ha sabido decirle las palabras exactas. Está claro, es una persona culta y un vaivén del destino lo ha tirado adonde está, teniendo que comer sin pagar para poder comer de vez en cuando.

—Me podías haber advertido que no ibas a pagar, quizás yo hubiera podido hacer algo. No es la primera vez que alguien come gratis aquí. No has sido honesto y, si eres débil y frágil, al menos, deberías serlo.

Ricardo por fin puede acercarse a la mesa y una decisión se precipita.—¿Ocurre algo, hijo? Hace rato que te estoy viendo.

—No es nada papá, que a este señor, que está un poco mayor, le ha costado encontrar la cartera, pero ya me ha pagado.

El joven lleva una mano a su bolsillo.

—Mira, me ha dado un billete de diez euros y yo le devuelvo tres con cincuenta y ya está.

Paga con su propio dinero. Débil entre los débiles, aparta su ira para decidir que no puede hacer otra cosa que ayudar a los suyos. Deja las monedas sobre la mesa y mira a su padre. Transcurre apenas un instante y, cuando vuelve la mirada, el desconocido ya no está, se ha ido sin recoger el cambio que redondeaba el donativo.